

JESUS DE ANDRES SANZ

El nuevo rumbo de la política exterior rusa

Una precipitada lectura al analizar los efectos inmediatos de los resultados de las elecciones a la Duma de la Federación Rusa, celebradas el pasado 17 de diciembre, podría indicar que la victoria del Partido Comunista ha obligado al Presidente Yeltsin a imprimir un giro a la política económica de reformas y a la política exterior desarrolladas hasta entonces. La salida del Gobierno de importantes miembros como Andréi Kózirev, ministro de Asuntos Exteriores, Serguéi Shajrái, vicejefe de Gobierno, y Anatoli Chubáís, vicejefe de Gobierno encargado de las reformas económicas, entre otros, puede entenderse como una concesión a las fuerzas comunistas y nacionalistas que solicitaron su dimisión y el abandono de las políticas pro-occidentales. Sin embargo, un análisis más detallado de la evolución de la política exterior rusa refleja el paulatino alejamiento de iniciales posturas occidentalistas ligadas al proceso de “perestroika”.

Yevgueni Primakov, el nuevo ministro ruso de Asuntos Exteriores, señaló el pasado mes de enero, al acceder a su puesto, las principales prioridades de la nueva etapa: fortalecer la integridad territorial de Rusia; afianzar las relaciones con las repúblicas de la antigua Unión Soviética, en un esfuerzo por conseguir la reintegración económica; la solución de los conflictos territoriales en la Comunidad de Estados Independientes (CEI); la reducción de las armas de destrucción masiva; y, en definitiva, el reforzamiento de Rusia como potencia mundial.¹ Es decir, asumía, en buena medida, el programa de las principales fuerzas nacional-patrióticas que se presentaron a las elecciones, especialmente el del vencedor Partido Comunista de la Federación Rusa (PCFR), que, al igual que la mayoría de los partidos comunistas existentes actualmente en Rusia, aboga por la reconstrucción del ámbito soviético. Primakov, procedente del mundo académico y en los últimos años director del Servicio de Espionaje Exterior, confirmaba la aceptación de su figura por

Jesús de Andrés Sanz es licenciado en Ciencias Políticas y Sociología, especializado en Relaciones Internacionales. Ha sido investigador visitante en la Academia de Ciencias de Rusia.

¹ *Izvestia*, 13 de enero, 1996.

parte del PCFR, tremendamente crítico con su antecesor. En un país en el que la política está personalizada hasta extremos inconcebibles, la presencia de Kózirev en el Gobierno constituía una traba para la estrategia electoral del presidente Yeltsin. Máximo representante del occidentalismo, Andréi Kózirev era el político más odiado por la oposición ya que se le consideraba responsable de la pérdida del poderío internacional que tuvo la URSS. No obstante, a pesar de que desde un primer momento, en la jefatura de la Dirección de Organizaciones Internacionales del ministerio soviético (como estrecho colaborador de Shevardnadze), su apuesta occidentalista no ofrecía dudas.² Esta fue variando en los últimos años hasta conseguir el rechazo de la oposición liberal.³ La política exterior rusa bajo la batuta de Kózirev ha estado lejos de ser un camino lineal hacia la occidentalización y en aspectos tan importantes para la diplomacia rusa como, por ejemplo, la actitud mostrada ante la posible ampliación de la OTAN al grupo de Visegrado, la postura de Primakov difícilmente podrá superar en dureza a la de Kózirev.⁴ La dimisión de éste no ha sido tanto una inflexión inscrita en una política exterior de carácter occidentalizante como una vuelta de tornillo más en el repliegue nacionalista que experimenta Rusia desde el momento mismo de la desaparición de la URSS.

Occidentalistas y eslavófilos

El proceso de *perestroika* de Gorbachov, alentado por una nueva generación de la específica *intelligentsia* rusa, pretendió la modernización económica, entendida como un regreso a la civilización europea occidental a la que, de forma natural, pertenecía el país y de la que se había alejado, con grandes costes, en determinados momentos de la historia. De esta forma, fenómenos como el nuevo pensamiento, que comenzó a gestarse en los años 70 y se consolidó con la llegada de Gorbachov al poder, deben entenderse en un contexto de lucha entre esas dos grandes corrientes ideológicas que atraviesan la historia de Rusia y que se definen como occidentalista y eslavófila.⁵ Lógicamente, los inscritos en la primera

² Con la Unión Soviética todavía en pie, se permitía escribir: "El mito de que los intereses de clase de los países socialistas y en vías de desarrollo coinciden en su resistencia al imperialismo no soporta la crítica. La mayoría de los países en vías de desarrollo se adhieren ya, o tienden, hacia el modelo occidental y no sufren tanto por el capitalismo como por la falta de él". Andréi Kózirev, "From Moscow: Why Soviet Foreign Policy went Awry", *International Herald Tribune*, 14-15 de enero de 1989, recogido de Papeles para la Paz, nº 35, 1989, págs. 209-210.

³ Al margen de los cambios en la política exterior, han sido significativos algunos gestos como el apoyo expresado a Saddam Hussein durante las dos visitas que realizó a Bagdad en 1994, admirando su "inteligencia política", o la justificación de la intervención armada en Chechenia, que provocó su abandono de Opción de Rusia, partido liderado por el liberal Gaidar. Al respecto ver Alexei Pushkov "Kozyrev, a Time to Go", *The Moscow Times*, 24 de noviembre, 1995.

⁴ Para la mayoría de los analistas rusos la sustitución de las figuras clave de las reformas no debe entenderse como un cambio de rumbo. Al respecto, *Trud*, 6 de enero de 1996.

⁵ Al respecto, ver Alexander Rahr, "'Atlanticists' versus 'Eurasians' in Russian Foreign Policy", RFE/RL Research Report, vol. 1, nº 22, 1992, págs. 17-22.

corriente abogan por la incorporación de los valores, cultura, normas e instituciones propios de la civilización europea occidental; por el contrario, los eslavófilos dedican sus esfuerzos a reivindicar las características propias de la Rusia tradicional, haciendo hincapié en su específica particularidad. La lucha entre estas dos tendencias se remonta a la reacción antimodernizadora contra la política de Pedro I. Es entonces cuando cobra fuerza la idea rusa, con un alto contenido religioso, raíz última del vigoroso nacionalismo ruso desarrollado al amparo de la iglesia y la monarquía. Como elemento central, articulador definitivo del eslavofilismo, la idea de rusofobia occidental se hace presente en los principales autores eslavófilos de los tres últimos siglos.⁶ “Europa nos tiene una notable antipatía y nunca le hemos gustado”, decía Dostoievski al respecto. Esta creencia en una conspiración occidental continua contra los intereses de Rusia puede rastrearse también en no pocos de los planteamientos actuales: de hecho la revolución bolchevique no sólo no eliminó sino que asumió buena parte del legado histórico e ideológico precedente. No es de extrañar, por tanto, que en determinados momentos del período soviético se produjera una simbiosis entre socialismo y eslavofilismo, aparentemente paradójica, pero de honda raigambre.⁷

La *perestroika* resucitó la lucha entre estas dos tendencias inclinando la balanza del lado occidentalista, al que se abrazaron las nuevas generaciones reformistas. De hecho, la política exterior de la Unión Soviética, desde la llegada de Edvard Shevardnadze al ministerio de Asuntos Exteriores en julio de 1985, se alejó de las posturas enfrentadas de la Guerra Fría, en un intento de despojar a las relaciones interestatales del manto ideológico por el que hasta entonces estaban cubiertas y de entender éstas en términos de cooperación y no de confrontación.

Sin embargo el fracaso de la *perestroika*, ahogada en sus propias contradicciones, que condujo a la desaparición de la URSS tras el golpe de Estado de agosto de 1991, favoreció el caldo de cultivo para el renacer del antioccidentalismo. La política exterior rusa ha evolucionado, desde el momento mismo de la disolución soviética, hacia posturas nacionalistas que incorporan en su discurso la nostalgia patriótica que va del pasado imperial zarista al esplendor estalinista como superpotencia, el carácter cristiano ortodoxo del país, el componente étnico eslavo y cierto sentido conspiratorio de la historia en clave antirusa.

Esta evolución no ha ocurrido de la noche a la mañana sino que ha ido al compás de la propia evolución interna del país y especialmente de su economía. Así, pueden señalarse tres momentos claves que definen distintas fases en el proceso de alejamiento del occidentalismo inicial. Un primer momento coincidiría temporalmente con los primeros enfrentamientos de Yeltsin con el Parlamento, personalizado en la figura de su presidente Ruslán Jasbulatov, en el otoño de 1992. Las razo-

*El fracaso
de la
perestroika,
ahogada en
sus propias
contradiccio-
nes, favoreció
el caldo de
cultivo para
el renacer del
antiocciden-
talismo.*

⁶ Sobre el eslavofilismo, ver Andrzej Walicki, *The Slavophile Controversy: History of a Conservative Utopia in Nineteenth-Century Russian Thought*, Oxford University Press, Oxford, 1975. También Walter Laqueur, “La idea rusa y el destino manifiesto”, en su obra *La Centuria Negra*, Anaya & Mario Muchnik, Madrid, 1995.

⁷ Al respecto ver Antonio Fernández Ortiz, “La caída de la URSS. Reflexiones sobre la naturaleza de la sociedad soviética y la necesidad de nuevos modelos de interpretación” en *Europa del Este y la Izquierda hoy: ¿hay alternativas a la vía neoliberal?* (II), Cuadernos de la FIM, Madrid, 1996.

nes de este primer giro tienen un trasfondo económico indudable: la dureza de la terapia de choque aplicada por el equipo de Gaidar desde el mes de febrero de ese mismo año provoca el descontento social que abanderó Jasbulatov. La lucha por el poder, planteada en términos de doble legitimidad, entre Yeltsin y el Parlamento, junto con el fracaso estrepitoso de las primeras reformas retrajo el ingenuo afán occidentalizador del presidente. Esta crisis obligaba a los dirigentes occidentales a apoyar más decididamente a Rusia con el fin de restablecer su rumbo. El Grupo de los Siete concedía ese año una importante asistencia monetaria a Yeltsin que, astuto, hacía valer su situación interna para conseguir el favor internacional aprovechando, además, la incertidumbre que provocaba la llegada de Bill Clinton a la Casa Blanca.

En parte debido a la falta de resultados y a las críticas internas y en parte como método de presión para conseguir ayuda financiera, la política exterior comenzó independizarse con el fin de que Rusia se asentase como potencia regional y recuperara el papel protagonista que había tenido anteriormente.⁸

Un segundo momento en esta evolución se produjo tras el fracaso electoral que sufrió el entorno presidencial en las elecciones de diciembre de 1993. La victoria de Vladimir Zhirinovski y los buenos resultados del Partido Comunista en las elecciones al Parlamento obligaron a Yeltsin a reorientar nuevamente su política en una línea que se ajustara más a las tendencias nacionalistas manifestadas por los electores. Por primera vez, la opinión pública, que aparecía al compás de un tímido surgir de la sociedad civil, hacía valer su voz, algo inédito en la historia rusa, y mostraba su desacuerdo con la forma violenta de acabar con la oposición parlamentaria y con la catastrófica situación económica y social.

Un tercer momento, el último hasta ahora, en la desviación desde las posturas iniciales coincide con las recientes elecciones de 1995. La victoria comunista ha puesto en cuestión el camino recorrido y ha hecho valer buena parte de sus críticas.

Las razones últimas de este alejamiento y abandono del occidentalismo de partida, aparte de aquellas de tipo más coyuntural que han determinado cada una de las fases señaladas, han sido de orden económico, geopolítico y político. El fracaso de las reformas económicas no sólo ha modificado la actitud de los principales líderes, especialmente de Yeltsin, sino que ha concitado en su contra al grueso de la población, sometida a experimentación económica. Los resultados de los procesos electorales de 1993 y 1995 no han hecho más que expresar el rechazo de los rusos a las políticas neoliberales mundializadoras a las que de forma tan dramática se han visto expuestos.

Las razones de tipo geopolítico remiten a las consecuencias que la descomposición de la URSS ha tenido para todo el espacio postsoviético y especialmente para Rusia.⁹ Además de los efectos que la desestructuración productiva ha tenido sobre la economía al romperse buena parte del tejido industrial soviético, es nece-

⁸ Al respecto ver Mark Webber, "The Emergence of the Foreign Policy of the Russian Federation", *Communist and Post-Communist Studies*, vol. 26, nº 3, 1993.

⁹ Vladímir Súdarev, "Rusia buscando una estrategia regional" en *Rusia de Hoy*, Academia de Ciencias de Rusia, nº 6, 1994.

sario contabilizar los efectos psicológicos de la desmembración, percibida por los rusos como una verdadera humillación. Por último, el alejamiento de posturas occidentalistas tiene no poco que ver con la confrontación política de los últimos años. El crecimiento de la oposición a Yeltsin al calor de planteamientos nacionalistas y el rechazo a las políticas presidenciales han dado lugar a la incorporación, en último lugar asumida, de dichos planteamientos por parte del presidente.

La reconstrucción del espacio postsoviético

La desaparición de la URSS y la disolución del bloque del Este supusieron para Rusia la pérdida de la posición de control militar y económico ganada tras la II Guerra Mundial. Sus efectos negativos, especialmente en el plano económico, no tardaron en ser evidenciados. La posibilidad de restaurar la situación anterior, una vez emprendidos distintos caminos por cada uno de sus antiguos aliados de Europa del Este, quedó como reivindicación de los sectores más extravagantes de la sociedad rusa. Sin embargo, la reconstrucción de las relaciones existentes con las antiguas repúblicas soviéticas, uno de los planteamientos más agitados por distintos grupos de oposición en las últimas elecciones, atiende, en buena medida, a estrictos criterios de coherencia y necesidad mutua.

La recomposición de los lazos con los Estados miembros de la CEI, favorecida por los resultados electorales de Ucrania, Bielorrusia y Moldavia, donde vencieron los candidatos partidarios de recuperar las relaciones con Rusia, es, además de un intento de retornar a viejos esquemas diseñados en clave imperial, el reconocimiento de la interdependencia económica y cultural existente entre ellos. No siempre esta aproximación se ha realizado de forma civilizada sino que, a menudo, se ha tratado de una intervención, directa o indirecta, en ese extranjero cercano tantas veces considerado como propio.¹⁰ De esta forma, el envío de tropas a Moldavia y Tayikistán camufladas como fuerzas de mantenimiento de la paz, el conflicto con Ucrania por la península de Crimea, la presencia militar en las repúblicas asiáticas, la intervención en el conflicto del Alto Karabaj o la ambivalencia rusa en el la guerra georgiana deben entenderse en el doble sentido apuntado: la necesidad de reconstruir el espacio económico postsoviético, por un lado, y la búsqueda de Rusia de una zona de seguridad e influencia que refuerce su posición mundial, por otro.

Tras un titubeante comienzo, la CEI ha sido reforzada pero sigue sin definir claramente sus funciones y objetivos. Hasta ahora ha sido la voluntad rusa, ya que Rusia es lógicamente la gran beneficiaria, la que ha permitido los pequeños pasos dados hacia la reconstrucción del ámbito económico. El fracaso de la unión monetaria entre Rusia y Bielorrusia indica, no obstante, la existencia de numerosas reticencias por parte rusa.¹¹ Aunque en la práctica el avance ha sido mínimo (tan sólo

*Tras un
titubeante
comienzo, la
CEI ha sido
reforzada
pero sigue sin
definir
claramente
sus funciones
y objetivos.*

¹⁰ Recobrar el control del antiguo imperio soviético se ha convertido, desde la intervención en Chechenia, en objetivo central del Gobierno ruso. La recuperación de la hegemonía perdida fue especialmente asumida por Kózirev quien, en abril de 1995, declaró que, en determinadas circunstancias, podía ser necesario el uso de la fuerza directa para defender a los rusos del extranjero cercano. *El País*, 21 de abril, 1995.

¹¹ Al respecto ver "Byelorussia: Economic Integration with the CIS States", en *Russia and Post-Soviet States Today*, IMEMO, enero, 1995.

Una vez superada la inicial euforia occidental por la victoria en la Guerra Fría, la desaparición del Pacto de Varsovia vino a plantear un inesperado problema al dejar cojo el ya tradicional equilibrio existente.

a finales de 1993 se concertó una futura unión económica), si puede certificarse el cambio de las tendencias centrífugas en la conducta de las repúblicas exsoviéticas por nuevas fuerzas centrípetas respecto a Rusia. De hecho, en la cumbre de la CEI celebrada en enero de 1996 los líderes de las antiguas repúblicas soviéticas reforzaron las tendencias reintegracionistas plasmadas en la aprobación de determinados mecanismos para la resolución de conflictos y en la creación del Consejo de Ministros de Interior.

De igual forma, el apoyo al presidente de Tayikistan, Emomali Rajmónov, tras el intento de golpe de Estado en aquella república a comienzos de 1996, se ha hecho evidente una vez más tras la visita del ministro de Defensa ruso Pável Grachov, quien además de resaltar el interés ruso en las repúblicas centroasiáticas puso especial énfasis en la creación de bases militares rusas. En cualquier caso, el debate académico suscitado sobre las posibles formas de reintegración económica y política ha sido fructífero: señalando, principalmente, la semejanza del modelo a los existentes en América, no a experiencias más cercanas como la Unión Europea.¹²

La política exterior hacia Europa

Una vez superada la inicial euforia occidental por la victoria en la Guerra Fría, la desaparición del Pacto de Varsovia vino a plantear un inesperado problema al dejar cojo el ya tradicional equilibrio existente. La desaparición del enemigo y, aún más, el acercamiento de éste a las posiciones occidentales tras reformar sus sistemas políticos y abrir las puertas a la economía de mercado, puso en tela de juicio la continuidad del modelo defensivo occidental, creado en un contexto y con unas funciones irrepetibles. Sin embargo, el mantenimiento de viejas estructuras, la imposibilidad de Rusia de acceder a ellas y, en último término, el deslizamiento de la Federación Rusa hacia posturas alejadas de las occidentales, ha mantenido vivo el debate y el enfrentamiento por la articulación de un sistema de defensa y seguridad en Europa. Mientras que para los países occidentales la OTAN debe ser quien articule los mecanismos de seguridad del nuevo contexto internacional, por contra, Rusia pretende que dichos mecanismos sean regulados dentro del marco de la antigua Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa, hasta el punto de que, en la reunión de Estambul de los ministros de Asuntos Exteriores de la OTAN, en junio de 1994, sugirió integrar orgánicamente a la OTAN en la CSCE. Pese a los intentos de reforma de la CSCE llevados a cabo tras la reunión de Helsinki (1992), el fracaso de la cumbre de Budapest (1994), tras una pequeña operación de cirugía que la convirtió en "organización", puso de manifiesto lo evidente: la CSCE, ahora OSCE, no será, en contra de los deseos rusos, quien dirija y articule la defensa y seguridad europeas.

La OTAN, tras las Declaración de Londres (1990) y la de Roma (1991), en las que definió sus nuevas orientaciones, abrió un proceso de acercamiento a los paí-

¹² Al respecto ver Aleksei Kapustin y Natalia Pitovránova, "El TLC, Mercosur y la CEI: Desafíos de la integración" y Vladímir Súdarev "Cooperación regional: Las Américas y el espacio postsoviético" en *América Latina y Rusia: Enfoque actualizado*, Instituto de América Latina (ACR), Moscú, 1995.

ses del Este. Con tal fin se creó el Consejo de Cooperación del Atlántico Norte (CCAN), a cuya reunión inaugural acudieron representantes de nueve estados de la Europa central y oriental, a los que hay que añadir los once miembros de la CEI, que se sumaron al CCAN en su segunda reunión en marzo de 1992. Un paso más en el acercamiento a los países del Este, con vistas a reconstruir el escenario de la post-Guerra Fría y a potenciar las funciones de la OTAN, lo supuso la creación de la Asociación Para la Paz en la cumbre de Bruselas de enero de 1994.¹³ Esta asociación (en líneas generales, un acuerdo de cooperación militar sin garantía de defensa) fue concebida como un ámbito más amplio que el CCAN al basarse en una relación bilateral entre los países miembros y la OTAN y permitir, por tanto, la diferenciación entre los distintos países integrantes. Rusia pidió el ingreso en la Asociación Para la Paz con la exigencia, en parte por presiones de sus Fuerzas Armadas, de adquirir un estatuto especial para la consulta obligatoria de las decisiones más importantes y derecho de veto (el fracaso de ambas demandas fue uno de los principales motivos que dio al traste con la Conferencia de Budapest de la CSCE).¹⁴ Finalmente Rusia, el 31 de mayo de 1995, formalizó su incorporación a la Asociación al serle concedido un trato especial y unas relaciones privilegiadas, si bien le fue negado el derecho de consulta automático y el veto formal solicitado. Sin embargo, la debilidad de su adhesión ha sido constantemente puesta de manifiesto: especialmente en el posicionamiento ante la guerra en Bosnia-Herzegovina y en el rechazo frontal a cualquier tipo de ampliación de la OTAN hacia el Este. Si en el caso del conflicto en la antigua Yugoslavia las razones atienden al carácter crecientemente eslavista de la política exterior, en la oposición a la ampliación de la OTAN está presente la recomposición de un papel hegemónico para Rusia como potencia mundial y el alejamiento y desconfianza a las políticas occidentales. Esta oposición, en un primer momento circunscrita a los grupos políticos de la oposición nacional-patriótica y de izquierdas, fue asumida por el Gobierno ruso tras el fracaso en las elecciones de 1993. En su evolución antioccidental este punto, actualmente asumido por todas las fuerzas políticas, se ha convertido en el principal caballo de batalla de una política exterior hacia Europa, por lo demás, caracterizada por su indefinición, especialmente en sus relaciones con la Unión Europea que oscilan desde el acercamiento institucional a la crítica por las políticas desarrolladas.¹⁵

Tras la victoria comunista

Los resultados de las elecciones a la Duma del pasado 17 de diciembre no permiten augurar, pese a su relevancia, grandes cambios en las principales líneas de la

¹³ Ideada en la reunión de los ministros de Defensa de la OTAN mantenida en Trarvide (Alemania) los días 20 y 21 de octubre de 1993. Exactamente tras la resolución de los conflictos derivados del autogolpe de Estado de Yeltsin en septiembre del mismo año.

¹⁴ Asociación que nunca fue del total agrado de la Federación Rusa. Ver Zbigniew Brzezinski, "The Premature Partnership", *Foreign Affairs*, vol. 71, nº 2, 1994.

¹⁵ Ver las declaraciones de Viktor Chernomirdin, primer ministro ruso, en *El Mundo*, 7 de septiembre, 1995.

El discurso del líder comunista, al igual que el de Yeltsin, también se mueve en la indefinición y está dotado de un doble lenguaje.

política exterior rusa. Los dos grandes ejes sobre los que se mueve actualmente, reconstrucción del espacio soviético y recuperación de la hegemonía internacional, están asegurados bajo la dirección de Primakov. Continuará, eso sí, la tendencia antioccidental y, en este sentido, parece factible una aproximación a países como China, India o los países árabes, además del restablecimiento de lazos con algunos antiguos aliados de la URSS como Vietnam o Cuba.¹⁶

También parece asegurada la dualidad en los planteamientos como medio de presión para conseguir la ayuda financiera occidental. Por un lado, se permite y alienta la involución nacionalista y, por otro, se utiliza ésta como amenaza ante los grandes organismos económicos. Esta política ha permitido a Rusia conseguir importantes ayudas del Fondo Monetario Internacional (FMI). Si en marzo de 1995 se consiguieron 6.400 millones de dólares, en febrero de 1996, tras las elecciones que han demostrado las grandes posibilidades de los comunistas de hacerse con todo el poder, han sido 10.200 los millones de dólares otorgados por el crédito del FMI.

Por entonces los signos de involución procedían del conflicto checheno y del auge nacionalista, pero en 1996 ha sido la amenaza de una paralización de las reformas por la victoria comunista el hecho que, en última instancia, ha condicionado la ayuda. Como contrapartida al crédito, Rusia se comprometió a realizar el severo ajuste económico demandado por el FMI; un día después, el pasado 23 de febrero, en el discurso sobre el estado de la nación, Yeltsin advirtió sobre la necesidad de respetar los derechos sociales y criticó, intentando eludir responsabilidades, la poca sensibilidad social de la política del Gobierno. De igual forma, en el mes de enero, el Consejo de Europa, organización abanderada de los derechos humanos, admitió a Rusia como miembro: un día después de la dimisión de Serguéi Kovaliov, jefe de la Comisión de Derechos Humanos.

El respeto a los derechos humanos en Rusia es bastante deficiente, de forma especial desde que comenzara el conflicto de Chechenia, sin embargo, la posibilidad de un empeoramiento de la situación en caso de aislar internacionalmente a Rusia pesó finalmente en la decisión de los países miembros. El recurso de la amenaza involucionista, bajo la forma de un nacionalismo extremista o de la vuelta al comunismo, es constantemente utilizado por las autoridades rusas como forma de presión para conseguir determinados objetivos. Es previsible que con otros asuntos pendientes, como por ejemplo la ratificación del tratado de reducción de armas nucleares estratégicas (START-II) o la demanda de Rusia de ser incluida en el grupo de los países más industrializados (G-7), se utilice la misma estrategia.

Una hipotética victoria de Guennadi Ziugánov en las elecciones presidenciales del próximo 16 de junio no tendría mayores repercusiones, en un primer momento, de las anunciadas. El discurso del líder comunista, al igual que el de Yeltsin, también se mueve en la indefinición y está dotado de un doble lenguaje: no es el mismo cuando, en el interior del país, critica las reformas, el avance del capitalismo o

¹⁶ Al respecto ver Wayne Smith, "Cuba and the Soviet Union, Cuba and Russia" en *Cuba's Ties to Changing World*, University of Pittsburg Press, Pittsburg, 1992; y Vladimir Borodaev, "Rossiya i Kuba: polisk novoi modeli otnoshenii" en *Latinskaya Amerika: sobitiya i liudi*, nº 7, Moscú, 1995.

la destrucción de Rusia que cuando, en sus viajes al exterior, tranquiliza a los inversores extranjeros prometiendo no dar marcha atrás a las reformas, intenta atraer capital extranjero o interviene en el Consejo de Europa. Bien es cierto que sus diferencias con Yeltsin son notables pero, a la vista de lo sucedido en los últimos años, no parece ser que pueda haber enormes cambios en la política exterior, máxime teniendo en cuenta la evolución que ésta ha experimentado hacia los planteamientos antioccidentales y reivindicadores de la gran Rusia de la oposición. No hay que olvidar, sin embargo, que en numerosas ocasiones la política exterior ha sido utilizada como trasfondo de cuestiones que van más allá de la búsqueda de una ubicación internacional para la Rusia postsoviética. Su interés ha trascendido y trasciende a las cuestiones propias de la diplomacia y se sitúa en el centro del debate sobre la forma del Estado ruso y su estructuración económica y social. En este contexto, la ausencia de consenso de las distintas fuerzas políticas sobre esa forma estatal y la incertidumbre de su futuro motivan el carácter oscilante, indefinido y, en ocasiones, contradictorio de la política exterior rusa.